

Temporeros y temporeras de la fruta: modernización del agro y cambios en las relaciones sociales de género*

Ximena Valdés S.
Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (Cedem)

INTRODUCCIÓN

Hacia fines de los años setenta, la incorporación de la economía chilena al proceso de globalización condujo a redefinir el papel de la producción agropecuaria en la economía nacional. En este marco, la fruticultura comenzó a desarrollarse con inusitado dinamismo, lo que contribuyó a la gradual feminización del mercado de trabajo agrícola (Valdés 1988, 1992). La meta de colocar la fruta chilena en los mercados mundiales tuvo como soporte un proceso de modernización de la estructura productiva y de las relaciones de producción. Es en este marco donde el proceso de asalarización femenina cobra una relevancia no conocida en el pasado.

La asalarización femenina en el agro

Más allá del notorio aumento de las mujeres en las faenas de la fruta, en un contexto de flexibilización de las relaciones laborales, el proceso modernizador trajo consigo cambios significativos en el escenario de la vida privada del mundo campesino. En particular, la salida de las mujeres a trabajar por un salario, algo que contribuyó de manera determinante a modificar las relaciones entre los géneros.

En torno a estos procesos, puede hablarse de una cadena de reordenamientos espaciales que ha afectado no sólo la localización de las plantaciones de frutales, sino las formas de residencia de la población, a las familias, a los individuos y la organización del trabajo en el espacio doméstico y el exterior al hogar. Mientras la localización de los productos en el territorio nacional se ha reorganizado en función de la apertura de los mercados externos —con lo cual se acentúan los fenómenos de especialización regional de la agricultura—, las formas de poblamiento y el paisaje rural se han visto alterados, gracias a la exacerbación de los fenómenos de salida de la población de su lugar de trabajo y residencia. Esto condujo a la aparición de nuevas formas de poblamiento, tales como los villorrios rurales, junto a la expansión de aldeas, pueblos y bordes urbanos. El proceso de urbanización del mundo rural expresa, en consecuencia, dos fenómenos concomitantes: la expulsión de población de las distintas formas de tenencia de la tierra que predominaban en los años setenta (de los fundos y sector reformado principalmente) y la aparición de una nueva organización del trabajo y de las relaciones de producción. Esto último se tradujo en el incremento de fuerza de trabajo disponible para distintas faenas y en

* Proyecto Fondecyt 1950107 (1995–1997), “Temporeros y temporeras de la fruta: cambios en las relaciones de género, familia y sociedad local”. Investigadora responsable, Ximena Valdés (geógrafa); Kathya Araujo (psicóloga) participó en el análisis del material empírico; Angélica Willson (antropóloga) participó en el análisis de entrevistas del Archivo de Memoria Oral del Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer (Cedem), en el ordenamiento de la información estadística y en la preparación de los instrumentos de recolección de la información; Ana María Arteaga (socióloga) participó en la confección de instrumentos de recolección de información y en la realización de entrevistas a informantes claves; Catalina Arteaga (Licenciada en Historia) participó en la planificación del terreno, en la realización de entrevistas y en el ordenamiento de la información; Pamela Caro (trabajadora social) participó en las entrevistas y en el ordenamiento de parte de la información, en tanto Álvaro Bello (Licenciado en Historia), Rita Valencia y Jessica Ulloa (ambas egresadas de Sociología) participaron en la realización de las entrevistas.

¹ Este fenómeno de expulsión tiene tres fuentes: dos de ellas coyunturales y que cohabitan con la contrarreforma agraria y la instalación de los fenómenos de flexibilización laboral de las empresas capitalistas modernas, y otra vinculada con los procesos de expulsión de población de las áreas campesinas, fundamentalmente ligada a la subdivisión de la tierra y las concomitantes migraciones.

diferentes estaciones, en las zonas donde se expandían gradualmente las plantaciones de frutales. Es en este contexto donde los trabajadores temporales de ambos sexos y las empresas han pasado a constituir el vínculo laboral privilegiado de la agricultura de exportación.

El debilitamiento de los mecanismos de acceso a tierras de los moradores del campo (ya sea al interior de los fundos o en unidades campesinas tradicionales o de la reforma agraria),² el aumento del trabajo temporal masculino en detrimento del trabajo estable y la incorporación de mujeres al trabajo asalariado, concurren a explicar el hecho de que estas familias de pobladores rurales o suburbanos deban reestructurar sus formas de vida en relación a cómo ellas se dieron en el pasado. Desde luego, estos reordenamientos espaciales van a situar a las unidades domésticas en otra situación, por de pronto porque la reproducción no se sostiene con la explotación de la tierra y las remuneraciones al contingente de trabajo masculino y, por otra parte, porque las redes sociales más próximas —como las vecinales, de parentesco y comunitarias— fueron alteradas por los cambios de residencia.

La asalarización femenina configura parte de la reestructuración de las anteriores formas de reproducción campesinas basadas en distintas formas de acceso a tierra o en la existencia de trabajadores agrícolas permanentes con acceso a salario regular.

La incorporación de amplios sectores de mujeres al empleo en la fruticultura es un elemento importante para que las relaciones de género propias de la economía familiar tradicional comiencen cambiar, en la medida en que deben repartir su tiempo entre el espacio doméstico y el lugar de trabajo, en una suerte de dislocamiento espacial de la vida de las trabajadoras. Del mismo modo, al concurrir el salario femenino a la co-provisión económica de los hogares, se modifica la función de provisión económica masculina característica de la economía familiar tradicional y del sistema de inquilinaje, cuando aunque las mujeres trabajaran en la producción de alimentos e industrias caseras, en labores tales como la ordeña o desempeñándose como cocineras o jornaleras, en lo fundamental eran los hombres los mediadores en la relación contractual o quienes proveían a la familia de la mayor parte de los ingresos. Ambos elementos —dislocamiento espacial y co-provisión económica— configuran el nuevo marco en que se sostienen las redefiniciones en los papeles que juegan hombres y mujeres en el espacio familiar. Singular relevancia adquieren estos fenómenos que, en un contraste con el pasado, ven desaparecer la mediación masculina en la relación laboral entre las mujeres y las empresas frutícolas, en la medida en que el trabajo asalariado femenino irrumpe en la composición de los ingresos familiares, con un peso significativo en términos de los montos monetarios.

Los enfoques y sus limitaciones

A partir de los años ochenta, comenzó a estudiarse las consecuencias del nuevo paradigma de crecimiento en los trabajadores de la fruta y los resultados del nuevo patrón de acumulación en sus condiciones de vida. Estos estudios se refieren fundamentalmente al proceso de incorporación de las mujeres al mercado de trabajo de la fruta, a las condiciones laborales a campo abierto y en los packing, a los niveles salariales de hombres y mujeres, a las diferencias en las jornadas de trabajo por sexo, al lugar de hombres y mujeres en la cadena productiva, al origen de los trabajadores de temporada, a la segregación sexual en el trabajo asalariado de la fruta.³

Sin embargo, se ha dejado inexploradas las consecuencias que tiene sobre la vida privada, la masiva asalarización temporal de las mujeres. Cuando más, se ha tocado la redefinición de los roles de género en la división sexual del trabajo doméstico. Este enfoque restrictivo en el análisis de las relaciones sociales de género ha impedido conocer de qué manera se resitúan los sujetos de ambos sexos frente a situaciones cambiantes características de los procesos de modernización social, sobre todo cuando se trata de un cambio verificado en tan corto tiempo. De hecho, buena parte de los actuales temporeros de la fruta registran en sus trayectorias de vida el haber vivido en haciendas y fundos o en áreas de pequeña propiedad, algunos de ellos experimentando las consecuencias de la reforma agraria y la experiencia en el sector reformado, situaciones a las que sucede la ruptura provocada por la contrarreforma, a mediados de los años setenta.

² En los fundos y las haciendas, el acceso a usufructo de tierras se dio a través del sistema de inquilinaje; durante la reforma agraria, los campesinos, en su gran mayoría inquilinos, accedieron a la tierra expropiada a la gran propiedad mientras en las áreas de pequeña propiedad el acceso a la tierra se produce por herencia, compra o el sistema de medierías.

³ Entre otros: Aranda (1982), X. Valdés (1987, 1988, 1992), Rodríguez y Venegas (1989, 1991), Gómez y Echeñique (1987), Medel, Riquelme y Olivos (1989), Medel y Riquelme (1994).

Las limitaciones de estos estudios impiden comprender el vínculo entre modernización y modernidad, es decir, la forma en que un proceso de carácter económico y social afecta la esfera cultural en los fenómenos que le son propios a la modernidad, tales como la aparición de los intereses individuales por sobre los familiares, entre otros. Este proceso de individuación en las sociedades contemporáneas es sobre todo sensible en la vida privada y, por el hecho de contraponerse al funcionamiento de la familia tradicional y a los patrones de autoridad que le están asociados, debiera contribuir a la modificación en las relaciones que sostienen hombres y mujeres en el espacio privado.

Sin embargo, la relevancia que adquiere el individuo por sobre la familia en períodos de mutaciones como las ocurridas en el campo chileno podría ser fuente de diversas tensiones, en la medida en que la familia adquiere un papel central en la resolución de los problemas cotidianos, toda vez que el paradigma neoliberal debilita los sistemas de protección social propios del Estado Benefactor.

Aparte estas observaciones, y considerando que la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado se ofrece como una solución a los problemas de pobreza en que está sumida parte importante de la población chilena, es de interés plantearse preguntas acerca de cómo viven esta solución los propios sujetos. Además, una vez que estos procesos de incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, que arrancan a fines de la década del setenta, se hallan consolidados debido al tiempo transcurrido, cabe indagar acerca de las consecuencias de la modernización agraria en la esfera privada. ¿Es que la modernización agraria ha afectado la esfera cultural? ¿Ha modificado los atributos de los géneros en términos de lo que hombres y mujeres hacen y las correspondientes formas de pensar asociadas a estas formas de hacer? Dicho de otro modo, la salida de las mujeres a trabajar en la fruta, ¿ha conducido a cambios en las representaciones y prácticas sociales acerca de lo femenino y lo masculino? Y si es así, ¿en qué niveles se han producido los cambios y en qué otros niveles o esferas de la vida se manifiestan resistencias?

Este tipo de preguntas fue encarada por la investigación llevada a cabo entre marzo de 1995 y marzo de 1997 sobre la base de 90 entrevistas estructuradas a hombres y mujeres de tres generaciones, aplicadas en la comuna de Santa María, en el pueblo del mismo nombre y sus inmediaciones, y en la comuna Sagrada Familia, en villorrios rurales y poblaciones recientes, ambas localizadas en la zona central del país.⁴

El propósito de esta investigación fue indagar desde la perspectiva de la construcción social, así como de la construcción cultural de los géneros (Moore 1994), las transformaciones que genera la modernización agraria en la vida privada y las relaciones sociales de género en los temporeros de la fruta. Dicho propósito se inscribe en un contexto en que conviven contradictoriamente la modernización en el plano de la economía y la sociedad, con los procesos de modernidad cultural que, como todo cambio cultural, no necesariamente siguen los mismos ritmos.

Este artículo está dividido en dos partes, una dirigida a presentar algunos conceptos útiles para abordar la modernización de cara a la modernidad y sus vínculos con las relaciones de género en la vida privada; y otra donde se presenta una visión general de los nuevos sentidos y argumentos que aparecen en el material empírico recogido. La interpretación ofrecida acerca de los cambios, resistencias y resignificaciones visibles en las argumentaciones de los/as entrevistados/as, contribuye a comprender cómo se mueven prácticas y representaciones sociales en las distintas esferas de la vida de hombres y mujeres y a través de tres generaciones.

⁴ La comuna de Santa María se localiza en la frontera norte de la zona mediterránea, en el valle de Aconcagua, que atraviesa de Este a Oeste la Quinta Región. El cultivo de frutas es de larga data y hasta los años setenta estuvo asociado a la industria conservera localizada en la misma Región. Esta comuna corresponde a un desarrollo temprano de la agricultura de tipo empresarial, ubicada en el valle y tierras de riego. Las grandes haciendas, que perduraron hasta la reforma agraria, se localizaban fundamentalmente en la cordillera y orientaron su producción a forrajes y ganadería. Este desarrollo temprano de la fruticultura condujo a procesos de asalarización también temprana de las mujeres, sin que este fenómeno haya alcanzado la masividad de las últimas dos décadas, producto de la expansión de la superficie plantada con parronales. El empresariado agrícola de la comuna de Sagrada Familia se incorporó más tardíamente a las plantaciones de uva, acusa mayores niveles de ruralidad y aún muestra vestigios de las formas de trabajo y poblamiento hacendal.

1. MODERNIZACIÓN / MODERNIDAD: RELACIONES SOCIALES DE GÉNERO Y VIDA PRIVADA

En general, el concepto de modernización “se refiere a una gavilla de procesos acumulativos y que se refuerzan mutuamente: a la formación de capital y a la movilización de recursos; al desarrollo de las fuerzas productivas y al incremento de la productividad del trabajo; a la implantación de poderes políticos centralizados y al desarrollo de identidades nacionales; a la difusión de derechos de participación política, de las formas de vida urbanas y de la educación formal; a la secularización de valores y normas (Habermas 1989:12), mientras que la modernidad alude más a procesos de tipo cultural que social. La modernidad trae consigo la reflexividad; las tradiciones pierden su carácter cuasi natural; los patrones de socialización tienden al desarrollo de “identidades de yo” abstractas que obligan a los sujetos a individuarse (idem). El mundo moderno “se distingue del antiguo por estar abierto al futuro” (Habermas 1989:17). “La orientación específica hacia el futuro que caracteriza la Edad Moderna sólo se forma a medida que la modernización social deshace con violencia el espacio de experiencia (...) característico de los mundos de la vida campesino y artesano, lo moviliza, y lo devalúa en lo que a directrices para la formación de expectativas se refiere” (Habermas 1989:24). No hay modernidad sin racionalización, pero tampoco sin la formación de un sujeto-en-el-mundo que se sienta responsable de sí mismo y de la sociedad. No confundamos la modernidad —nos dice Touraine (1994:203)— con el modo puramente capitalista de modernización.

Giddens se refiere a lo nuevo que acarrea la modernidad y a las repercusiones de este proceso en la vida privada: “Las formas de vida introducidas por la modernidad arrasaron de manera sin precedentes todas las modalidades tradicionales del orden social. Tanto en extensión como en intensidad, las transformaciones que ha acarreado la modernidad son más profundas que la mayoría de los tipos de cambio característicos de períodos anteriores; extensivamente han servido para establecer formas de interconexión social que abarcan el globo terráqueo; intensivamente, han alterado algunas de las más íntimas y privadas características de nuestra cotidianeidad” (Giddens 1994:18).

La modernidad constituye una experiencia vital (Larraín 1996:22); el discurso de la modernidad está influido fundamentalmente por las ideas de libertad y autonomía individual en todas las esferas de la vida: “el principio del mundo moderno es la libertad de la subjetividad” (Larraín 1996:24). La crítica a la modernidad ha consistido en desligarla de la tradición histórica que la redujo a la racionalización e introducir en ella el tema del sujeto y de la subjetivación (Touraine 1994:205). Pero el concepto y el discurso de la modernidad han sido siempre más avanzados y completos que su práctica e institucionalización en sociedades concretas, por lo cual hay que distinguir entre el proyecto de la modernidad en cuanto discurso organizado que establece un verdadero imaginario de la modernidad, y las prácticas sociales e instituciones modernas que cada sociedad ha logrado realmente implementar y desarrollar (Wagner 1994:24). En América latina estos fenómenos han asumido características singulares: las tradiciones aún no se han ido y la modernidad no acaba de llegar (García Canclini 1989).

Modernidad / vida privada

El rompimiento de la economía familiar tradicional, basada en el vínculo con la tierra y la autoridad masculina, como consecuencia de los procesos de modernización supone no sólo la reestructuración de las formas de vida campesinas de antaño, sino la aparición de intereses particulares de cada uno de los miembros de la familia, en un contexto de expansión del sistema educativo, incremento del proceso de urbanización y llegada de las comunicaciones al medio rural. Tales procesos de individuación debieran encarnar la modernidad y hacerse visibles en la vida privada.

La vida privada definida por oposición a la vida pública coincide con la oposición de las nociones de libertad y necesidad. Refiriéndose al lugar de las actividades humanas, Arendt sostiene que “el significado más elemental de las dos esferas indica que hay cosas que requieren ocultarse y otras que necesitan exhibirse públicamente para que puedan existir” (Arendt 1993:78). Desde el punto de vista histórico, la noción de ocultamiento de lo privado es refrendada por Perrot (1988), quién señala que el denominador común de lo privado a través de la historia es probablemente la noción de secreto, secreto anclado o en un grupo o en el individuo, por oposición a lo público, que puede ser el Estado, aunque no siempre; a veces la opinión pública, es decir, los otros, lo exterior. Duby (1992) conceptualiza lo privado como lo familiar, lo doméstico, también lo secreto. Tanto para Perrot como para Duby, las fronteras entre las esferas de lo público y lo privado se han movido a través de la historia y, por lo tanto, lo privado tiene

historicidad. Perrot sostiene que "lo privado es menos que una frontera, una zona, ocupada por la familia y delimitada por una doble frontera: por una parte, una frontera con lo público; por otra, una frontera con el individuo. La familia se piensa como un grupo relativamente totalitario, con su visión del mundo, sus objetivos propios, a los cuales subordina sus miembros", mientras el decurso de la historia muestra cada vez más cómo estos objetivos familiares van dando paso a objetivos personales (Perrot 1988). Las mutaciones históricas han afectado la noción y los aspectos de la vida privada en términos de las relaciones entre hombres y mujeres. ¿Acaso la sociedad contemporánea no asiste al desvanecimiento rápido y devastador de la distinción entre lo masculino y lo femenino, que la historia nos ha mostrado enérgicamente anclada sobre la distinción del afuera y el adentro, entre lo público y lo privado? (Duby 1992)

En la actualidad, a diferencia de épocas anteriores, "los individuos que componen la familia reivindican cada vez más el derecho de existir como si estuvieran haciendo su propia Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Los más dominados —adolescentes y mujeres— afirman contra la voluntad familiar encarnada por el padre, su voluntad de vivir según sus intereses, de hacer sus propias elecciones" (Perrot 1988). De este modo, los procesos de individuación propios de la modernidad tienen un peso gravitante en la vida privada, y esto en la medida en que la oposición entre necesidad y libertad, asimilables a lo público y lo privado (Arendt 1993), tiende si no a desvanecerse, por lo menos a matizarse, toda vez que se colocan en tensión los intereses de la familia con los del individuo.

Para las poblaciones sujetas a procesos de modernización, se coloca en tensión lo dado, lo que los individuos encontraron al nacer, lo que se ha reproducido generación tras generación mediante la reiteración de la costumbre (Bonté e Izard 1996:709). Las tradiciones no cuentan con soportes que permitan sostenerlas y, de esta forma, lo que antes persistía del pasado en el presente es sometido a rupturas, lo que impide o altera su reproducción. Si la modernidad se expresa como reflexividad, individuación y surgimiento de la subjetividad, lo propio de la sociedad tradicional tendería a ser reemplazado por intereses individuales por sobre los familiares, por un tensionamiento de los antiguos sistemas de autoridad, lo que supone una redefinición de las relaciones entre los géneros y las generaciones.

El contexto de la modernización en Chile

El período en que se va a desencadenar esta última revolución modernizadora coincide con un régimen autoritario (1973–90), el cual encarnó las tendencias que ha seguido la modernización a escala mundial: reducción del rol del Estado, flexibilización, especialización, internacionalización de las estructuras productivas, renuncia al objetivo de pleno empleo, privatización de las empresas y servicios públicos, multiplicación del empleo atípico, liberalización y flexibilización del mercado de trabajo, etc. (Tironi 1990:35).

En tanto resultado de la implementación del modelo neoliberal, el país observa tasas de crecimiento sostenido sobre la base del impulso a las exportaciones y su diversificación.⁵ La contracara de este proceso es el decrecimiento de la marginalidad social y el incremento de la asalarización de la pobreza, una vez que el modelo se hubo consolidado hacia fines de los años ochenta (Díaz 1991:90).

Los discursos culturales que acompañan este proceso modernizador levantan las nociones de éxito, de país emprendedor, de cara al futuro, las que a la par permean el imaginario colectivo de la sociedad chilena (Subercaseaux 1996). Sin embargo, el discurso de la modernidad tiene grandes dificultades para ingresar a la esfera privada. Hacia fines del siglo XX, la sociedad chilena se abre a la globalización, pero al mismo tiempo cierra las fronteras de la vida privada a los procesos de modernidad. Esto se manifiesta en la emergencia de discursos contradictorios respecto de la familia y el papel de las mujeres en ella, lo que hace aparecer la vida privada como un campo en que tradición y modernidad se ven interpeladas (Grau et al. 1997). Mientras las mujeres progresivamente se constituyen en sujetos de nuevos derechos y la familia se expone a la mirada pública, las resistencias conservadoras argumentan del lado de la tradición para frenar los cambios. En el presente, el discurso conservador se encarna en la nostalgia por el pasado. Dentro de sus argumentaciones, la "tradición de la familia chilena" debe preservarse como el

⁵ No obstante, si las altas y sostenidas tasas de crecimiento económico son el soporte discursivo de la modernidad, coexisten con ellas altos índices de pobreza en la población, e incluso entre 1992 y 1994 estos índices se incrementaron en el medio rural, a pesar del decrecimiento de la pobreza en el período de transición democrática 1990–92. Por otra parte, el modelo actual trajo aparejada una redistribución regresiva del ingreso respecto de décadas pasadas (X. Valdés, T. Valdés y J. Bengoa 1997:133).

elemento clave para enfrentar la “crisis de la familia”, expresada —entre otros— en la aparición de nuevos derechos ciudadanos para las mujeres y para las personas en la familia.⁶

La puesta en escena del paradigma neoliberal y la implementación de un nuevo patrón de acumulación a contar de mediados de los setenta implicó una vertiginosa carrera hacia la modernización de la estructura productiva, lo que condujo al surgimiento de una clase empresarial moderna particularmente visible en la agricultura (Gómez y Echeñique 1988). Los temporeros y temporeras de la fruta emergieron de este proceso modernizador de la estructura productiva agraria, uno de cuyos rasgos más específicos es la extensión del trabajo de temporada y la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, el que hoy día cuenta con un 52 por ciento de participación femenina (Venegas 1995:199). Flexibilidad y feminización caracterizan el funcionamiento del mercado de trabajo de la fruta en la actualidad.

Este proceso modernizador implicó cambios tanto en los regímenes laborales como en los roles de los géneros en la familia y la vida privada. En la medida en que los hombres se ven afectados por un *proceso de desafiliación*⁷ del mercado de trabajo estable (Castel 1996:15), pierden los atributos de proveedores permanentes de los hogares; las mujeres, por el contrario, son sujetos de un creciente proceso de afiliación al mercado de trabajo. Al estabilizarse la temporalidad, el salario femenino ingresa en los hogares como un componente nuevo, que concurre a un cambio en la composición de los ingresos familiares. Pero esto se da junto con la irrupción de nuevas formas de vulnerabilidad propias de la crisis de los sistemas de protección social que antaño, bajo el reinado del Estado de Bienestar, caracterizaron el sostenimiento del lazo social y los procesos de integración.

En el proceso de modernización en el medio rural, sin embargo, tan importantes como los factores económicos (co-provisión de los hogares como consecuencia de la asalarización femenina), son los extra-económicos, tales como la ausencia de las mujeres de las casas, su presencia en los lugares de trabajo, la escisión entre trabajo y la vida (Thompson 1984:288); a ello se suma la progresiva pérdida del peso de la comunidad, del parentesco, de las redes sociales inmediatas y su reemplazo por otras, más institucionalizadas y más lejanas al entorno local, a la comunidad y la familia.

La modernización agraria, entonces, junto con introducir cambios en las relaciones de producción, abrió el camino a otras modificaciones en la vida de las personas. Al hacerlo, creó las condiciones para que las formas de vida tradicionales perdieran el soporte cultural que animó a hombres y mujeres a reiterar los modos de hacer las cosas y de pensarse a sí mismos como lo hicieran las generaciones anteriores.

¿Cómo se reacomodan hombres y mujeres a estas nuevas situaciones provocadas por la modernización agraria? Estos procesos, ¿ocasionan tensiones en la familia? ¿Es que la ruptura de las rutinas de la vida privada ocasiona cambios al introducir en las formas de vida tradicionales elementos nuevos? ¿O el trabajo de las mujeres se instala sobre el mundo tradicional y constituye tan sólo un elemento adicional que no altera sustantivamente lo que hombres y mujeres hacen y las formas de pensarse a sí mismos? ¿En qué medida inciden los procesos de urbanización en el reacomodo de las relaciones de género en la vida privada?

Relaciones sociales de género y la vida privada

Cada sociedad categoriza lo femenino y lo masculino y construye jerarquizaciones, normalmente expresadas en desigualdades entre hombres y mujeres, que emanan de estas categorizaciones.

⁶ Estas ideas pudieran ser interpretadas como resistencias a los fenómenos de globalización cultural que cohabitan con aquellos de globalización económica y en el campo de las comunicaciones. Expresiones de estas ideas aparecieron en los medios de comunicación durante el año 1995 a raíz de la realización de la IV Conferencia Mundial de la Mujer en Beijing. Esta misma polémica fue dirimida en el Senado en un Proyecto de Acuerdo acerca de los temas de familia, género y derechos reproductivos (331ª Legislatura, 25ª Sesión Ordinaria, 9 agosto 1995). Una de las expresiones más integristas de esta visión conservadora sobre la familia se encuentra en Pedro Morandé, “La familia como fundamento del orden institucional”, *Proposiciones* 26 (Santiago: Ediciones SUR, julio 1996).

⁷ Robert Castel, en *La méthanomorphose de la question sociale*, trata la noción de “désaffiliation” no como ruptura de un proceso, sino como recorrido. Esta noción —sostiene— pertenece al mismo campo semántico que la disociación, la descalificación o la invalidación social, y en esta perspectiva la zona de vulnerabilidad ocupará una posición estratégica. La noción de desafiliación se muestra útil para comprender los procesos que hacen transitar a los individuos, por ejemplo, de la integración a la vulnerabilidad y, en cierto sentido, esta noción reemplaza a la de exclusión.

Las relaciones sociales de género constituyen una dimensión específica de las relaciones sociales y, como tales, configuran parte de la cultura de diferentes sociedades. En tanto la cultura se refiere a la forma común y aprendida de vida que comparten las distintas sociedades y que consta de la totalidad de instrumentos, técnicas, instituciones sociales, actitudes, creencias, motivaciones y sistemas de valores, las construcciones sociales que reposan en los datos de la biología sobre la base de las diferencias sexuales estarán encarnadas en el conjunto de atributos que cada sociedad otorga a lo que es ser hombre o ser mujer. Los géneros masculino y femenino, aparte de conformar construcciones sociales y culturales por sobre las diferencias biológicas entre hombres y mujeres, se construyen también históricamente. En esta medida, los cambios en la familia y la vida privada a través de distintos períodos históricos, van a incidir en la modificación de los atributos asignados a cada género. La noción de género, es decir, la diferencia entre los sexos construida por la cultura y por la historia, está vinculada secundariamente al sexo biológico y no está dictada por la naturaleza (Perrot 1998). La valencia diferencial de los sexos opera como una “estructura elemental” del pensamiento: lo masculino siempre superior a lo femenino, se opone como el calor al frío, lo húmedo a lo seco, lo activo a lo pasivo, el día y la noche (Héritier, citado por Perrot 1998:144).

Prácticas y representaciones sociales

Un cambio en una relación social de esta naturaleza supone modificaciones en los discursos de género, implica alteraciones en lo que hombres y mujeres hacen y en cómo ambos géneros se piensan; por lo tanto, en sus interacciones recíprocas.

¿Cómo comprender los procesos de cambio en la vida cotidiana y en la esfera privada, una vez que los procesos de modernización socioeconómica avanzan y generan nuevos discursos de la modernidad?

Es imposible entender los procesos productivos y políticos si se los aísla de las percepciones culturales que las personas experimentan acerca de dichos procesos. Todo análisis debe centrarse en lo que las personas hacen y en las interpretaciones culturales de dichas acciones (Collier y Rosaldo 1981:276, citado por Moore 1994). En este planteamiento se emplea paralelamente el punto de vista simbólico y social, ante la evidencia de que las ideas relacionadas con los hombres y las mujeres no son plenamente independientes de las relaciones económicas y de producción ni derivan directamente de ellas (Moore 1991:51). Se trata de “enlazar las ideas culturales sobre el género con las relaciones sociales reales que presiden la vida, el pensamiento y las acciones de los individuos de ambos sexos” (ídem).⁸ “Los discursos acerca del género y las categorías del género no son poderosos porque provean descripciones exactas de prácticas y experiencias sociales, sino porque, entre otras cosas, ellos engendran a mujeres y hombres como personas que son/están definidas por diferencias. Estas formas de diferencia son el resultado de un trabajo de significación y discurso, y cuando son puestas en juego hacen surgir efectos discursivos que producen las diferencias de género, además de las categorizaciones” (Moore 1994:42). En el mismo sentido, Bourdieu sostiene que “la particular fuerza de los discursos culturales es que ellos tienen efectos materiales, es decir, que están mantenidos práctica o funcionalmente, además de discursivamente (Bourdieu 1977, 1990, citado por Moore 1994). De otro lado, las categorías simbólicas de “mujer” y “hombre”, y la diferencia inscrita dentro y entre ellas, tienen que ver con las representaciones, autorrepresentaciones, prácticas cotidianas de individuos hombres y mujeres (Moore 1994:42).

⁸ Otra aplicación de este enfoque aparece en un estudio empírico realizado en España y referido a los jóvenes: “Las diferentes tareas y áreas de actividad proporcionan modelos concretos de identidad. En gran parte, se es lo que se hace” (Ortega 1994:144). En las rutinas que conforman la vida cotidiana se ofrecen efectivamente oportunidades de ser en un sentido o en otro; de articular a escala personal el entramado de comportamientos llevados a cabo sistemáticamente. Los modelos genéricos provienen de varias fuentes: la familia, la escuela, los medios de comunicación, el trabajo, y su puesta en práctica ocurre en los lugares en que transcurre la vida de cada individuo. Por el contrario, las representaciones sociales se refieren a lo que se piensa acerca de lo que es ser hombre o mujer. Un orden social de representaciones en torno al género permite a los individuos percibirse a sí mismos y a los demás en virtud de conceptos y estereotipos dotados de cierto grado de consistencia. Los estereotipos actúan en el ámbito de las creencias y actitudes. Mientras las creencias afectan al tipo de conocimiento, las actitudes conforman valoraciones donde anida la toma de postura frente a otros, por lo que ellos son las consecuencias sociales del estereotipo. Unos y otros se complementan y refuerzan, si bien es posible una modificación de las creencias sin que esto se manifieste en un cambio de actitudes (Ortega 1994:156).

2. VECTORES Y RESISTENCIAS AL CAMBIO EN LAS RELACIONES DE GÉNERO

Como hipótesis central se planteó que el trabajo asalariado de las mujeres era un factor desencadenante de los cambios en las relaciones sociales de género. Que la edad y el sexo, así como el lugar de residencia (grado de urbanización), mostrarían diferencias respecto de los grados y profundidad de estos cambios. Siendo las faenas en la fruta un fenómeno masivo en las mujeres, que las somete a largas horas fuera de la casa,⁹ la organización del ámbito doméstico se vería sometida a readecuaciones, así como también deberían variar las representaciones sociales respecto del trabajo femenino.

Se puso en juego esta hipótesis con un conjunto de dimensiones socioculturales, entendiendo que habría esferas de la vida de las personas más afectadas que otras por los cambios; que habría esferas intocadas por este proceso que darían cuenta de fenómenos de resistencia al cambio; que un conjunto de modificaciones no necesariamente se explicaría por la modernización agraria, sino por procesos más globales vividos estas últimas décadas por la sociedad chilena.

El trabajo asalariado, en suma, se contrastó con otras dimensiones: *los patrones de autoridad en la vida privada, el trabajo doméstico, los espacios extradomésticos y la participación social, la sexualidad y relaciones de pareja*. Se recabó información a través de las entrevistas sobre las dimensiones señaladas, diferenciando entre lo que hombres y mujeres hacían y las ideas asociadas a estas acciones, entendiendo que el considerar estas dimensiones en ambos niveles podría dar cuenta de cómo se movían las prácticas y representaciones sociales en distintas esferas de la vida de hombres y mujeres, según edad y residencia.

Para establecer los vectores del cambio hubo de construirse una línea base que diera cuenta del estado inicial a partir del cual comienzan a observarse mutaciones en las prácticas y representaciones sociales. Se construyó esta línea base a partir de las caracterizaciones entregadas en las entrevistas por la generación mayor en relación a los atributos masculinos y femeninos y a las interacciones entre hombres y mujeres en las dimensiones señaladas.¹⁰ A los atributos asignados a los géneros correspondientes a prácticas y representaciones tradicionales se los denominó “complejo tradicional”. En general, ellos correspondían a los grupos de mayor edad (más de 50 años), no obstante estar también presentes en algunas esferas en los grupos intermedios (25 a 35 años) y en los más jóvenes (menores de 25 años).

2.1 Las representaciones sociales acerca de la modernidad

De cara al futuro y distantes del pasado

En términos del contexto que rodea la vida de las personas, lo que aparece como manifestación de este cambio de rostro de la agricultura encarnada en los sujetos que a ella se vinculan, son los fenómenos de desvinculación con sus orígenes campesino recientes. Este fenómeno es entendido por Giddens (1994:32) como *desanclaje*, como el “despegar” las relaciones sociales de sus contextos locales de interacción y su reestructuración en indefinidos intervalos espacio-temporales. Es así como los atributos del mundo tradicional campesino, tales como una noción del espacio referida a lo local; una noción del tiempo asociada al lugar y a la reiteración de rutinas y acontecimientos tras el paso de las estaciones; el peso de la memoria como soporte de los procesos de reproducción campesina; la importancia de la comunidad, del parentesco y de las redes familiares como referentes sociales; los vínculos de solidaridad expresados en intercambios no monetarios, etc., han dado paso a nuevos atributos propios de la modernidad.

En el ámbito de las representaciones, los individuos de ambos sexos y distintas edades se apropian del discurso de la modernidad, lo que cristaliza en la agregación de nuevos sentidos, significados y referentes socioculturales. En su horizonte se perfila el acceso a bienes materiales y culturales, lo que simbólicamente los distingue respecto de las distancias sociales que conocieron en el pasado: los

⁹ Sobre todo en verano, cuando las jornadas de trabajo duran entre diez y dieciséis horas, desde mediodía hasta avanzadas horas de la noche e incluso de la madrugada.

¹⁰ Lo que fue contrastado con los resultados del análisis de un conjunto de entrevistas en profundidad a mujeres y hombres campesinos/as y asalariados/as. Archivo de Memoria Oral, Cedem.

supermercados son frecuentados por todos, inclusive los patrones; el vestuario homogeneiza, las marcas del calzado democratizan, toda vez que son usadas por todos, sin distinción de clase.

El ahorro, la superación, el deseo de surgimiento personal, entre otros, se constituyen en los nuevos sentidos de proyectos de vida orientados al futuro, con una manifiesta voluntad por escapar de la marginalidad social, lo que supone no dejarse estar. Estas nociones juegan el papel de bisagra entre el discurso de la modernidad y la voluntad de los sujetos por encontrar mecanismos de integración social. Estos mecanismos de integración no se resuelven mediante el acceso a trabajo estable y las protecciones sociales derivadas de la estabilidad laboral; y aun cuando las aspiraciones educativas para los hijos estén presentes, el acceso al mercado de bienes se perfila como mecanismo de integración, pese a la vulnerabilidad de su situación laboral. Esta agregación de nuevas nociones conforman el soporte de un discurso de la modernidad en los temporeros, lo que en las prácticas sociales se concretiza mediante el salario de las mujeres.

Uno de los mecanismos concretos de desanclaje se sitúa en el valor material y simbólico asignado al dinero obtenido por las mujeres. El salario, junto con significar una nueva relación social (salir de la casa, establecer nuevos espacios de sociabilidad, procurar autonomía), constituye un elemento de reposicionamiento de los sujetos en la modernidad: posibilita a la vez acceso al mercado de bienes materiales y culturales y, junto a ello, da curso a una nueva situación de las mujeres en la familia y de las relaciones de poder que en este espacio se establecen entre los géneros (autonomía, individuación).

La noción de tiempo reiterativo característica de la sociedad tradicional da paso a la orientación al futuro, sobre todo en las generaciones intermedias y las más jóvenes, con lo cual los proyectos de vida van más allá de lo que los padres fueron o son; la percepción fatalista de la vida característica de la sociedad campesina, al abrir camino a las nociones de superación y surgimiento, muestra que lo dado puede ser cambiado, que hay oportunidades abiertas y que estos cambios se hacen posibles por el acceso a un salario propio (en las mujeres). Para ambos sexos, en tanto, el mejoramiento de las condiciones de vida sólo puede sostenerse con la agregación del salario femenino. No sólo se está frente a los constreñimientos y bloqueos del pasado para transitar de una situación a otra. Se abren posibilidades tanto para desarrollarse en forma individual como para lograr mejores condiciones de vida. En esta situación, el proceso de integración social está prácticamente restringido al empleo temporal, a las voluntades personales y a las familiares, a cómo cada cual se mueve para lograr ingresar al mercado de trabajo. Ello coexiste con un casi completo desdibujamiento del Estado y de los empresarios, mientras el acceso a bienes y el consumo aparecen como un referente que distingue entre quienes buscan superarse y quienes se dejan estar. Se constata de esta manera que el mercado y el consumo aparecen como dispositivos de integración social.

La modernidad real

Sin embargo, a la hora de examinar el grado de vinculación de estas nuevas representaciones sociales con las prácticas y las condiciones de vida concretas, aparece un gran distanciamiento entre los nuevos significados representacionales, por una parte, y la posibilidad de llevarlos a la práctica a través del esfuerzo de las personas (dobles jornadas, desprotección al cuidado infantil, asunción de la carga doméstica del lado de las mujeres, etc.), por otra.

A menudo, las nociones de ahorro, materializadas en las libretas bancarias, son frágiles. La temporalidad del trabajo regula la periodicidad de los depósitos, pero como el trabajo de las mujeres cesa en otoño hasta la primavera, se debe comenzar muy pronto a usar el dinero colocado en el banco. Las libretas se vacían de dinero muy pronto, con lo cual se frustra la idea del ahorro. La noción de surgimiento depositada en la orientación a la movilidad social ascendente vía educación de los hijos/as, al igual se ve frustrada a medio camino en tanto los mayores niveles de escolaridad acarrear nuevos costos monetarios, imposibles de ser absorbidos a pesar de la agregación del salario femenino. La materialización del consumo está abierta fruto de la co-provisión económica de los hogares, pero muy a menudo este consumo está signado por el acceso a bienes de segunda mano, usados, y cuyo mantenimiento requiere de constantes desembolsos en dinero. Se consume y a menudo se consume usado, y la red vecinal es útil para mantener en funcionamiento los artefactos (refrigeradores, máquinas de lavar Fensa de tambor, aparatos de TV) contra el pago de sumas modestas.

La aspiración a la educación está presente y es percibida como mecanismo de movilidad e integración. Sin embargo, vistos los niveles de escolaridad en las dos comunas y en ambos sexos, se podría afirmar que esta aspiración es anterior a la implementación del modelo neoliberal. Las mujeres y

los hombres nacidos en la década del sesenta en adelante tienen niveles de escolaridad mucho mayores que aquellos nacidos antes; las mujeres de ambas comunas tienen más años de escolaridad que los hombres, mientras las mujeres y hombres de la comuna que presenta mayor ruralidad (Sagrada Familia), tienen menos años de estudio que la comuna más urbanizada (Santa María).

Las aspiraciones a educarse son, entonces, anteriores a los años setenta (durante la reforma agraria 1964–73), pero hoy se trata de sobrepasar los años de educación básica y media para lograr alguna educación técnica y profesional. En los más jóvenes aparece una mayor aspiración a la equidad y menor segregación profesional para hombres y mujeres, contrariamente a las generaciones anteriores, que asignan ciertas carreras u oficios a mujeres y otras a hombres.

Pese a lo antedicho, lo tradicional no está ausente. Tiende, sin embargo, a ocultarse, a pesar del origen campesino de la mayoría de los temporeros y de que habitan en los bordes entre el campo y pueblos pequeños. Provenir del mundo campesino, ser identificado con el atraso y la pobreza, son elementos que estigmatizan. Tal pareciera que una condición para ser moderno es acallar lo atrasado, aquellos vestigios de la sociedad tradicional que, sin embargo, en el ámbito de las prácticas sociales aparecen amalgamados al discurso de la modernidad: recurrir, por ejemplo, a redes sociales próximas —familiares, vecinales, y sobre todo redes intra-género entre mujeres— para solucionar los problemas domésticos, particularmente el cuidado infantil. A la presencia de estas redes sociales se suman, como otros elementos que contradicen la modernidad, ciertos referentes culturales vinculados en especial al papel de las mujeres en la sociedad tradicional, que se expresan en los hombres jóvenes como nostalgia por la imagen de la mujer de antaño, apegada a su casa, preocupada de la suerte de cada miembro de la familia.

Los proyectos de movilidad social vía educación, la expansión del consumo y el acceso a bienes (vivienda propia, electrodomésticos, etc.), reposan en el salario de las mujeres, elemento que posibilita la materialización de nuevas aspiraciones. El acceso a la propiedad de la vivienda constituye el único elemento nuevo que muestra la presencia del Estado en la vida de las personas a través del ahorro personal y el acceso, por este medio, al estatal subsidio para la vivienda (la mayoría tiene casa propia).

De esta forma, el discurso de la modernidad ha sido apropiado por los sujetos, marcando la voluntad de no dejarse estar, de superarse mediante el esfuerzo personal. Pero, a menudo, esto no tiene respaldo material suficiente debido a que los sujetos se encuentran a medio camino entre la exclusión y la integración social. Los meses de cesantía a lo largo del año —mayores en las mujeres que en los hombres—, los bajos salarios, el costo de los servicios y de los bienes, son, entre otras, las características de esta situación, aunque —es cierto— también se recurre al endeudamiento para cristalizar las nuevas aspiraciones.

En este contexto, el salario femenino no sólo es gravitante para respaldar la salida de una situación precaria, sino también porque las mujeres se amparan del salario para establecer negociaciones inter-generacionales en la vida privada, pugnando por resituarse frente a los principios de autoridad masculina presentes en el orden tradicional.

Ruralidad y urbanización

Lo tradicional, vinculado al pasado campesino y al papel de las mujeres en la familia, también permanece, sobre todo a la hora de tipificar las representaciones y prácticas sociales del grupo de sujetos en que el trabajo de las mujeres aparece tan sólo como la agregación de una actividad remunerada. En estos casos, el hecho de que las mujeres trabajen por un salario no incide en el cambio representacional respecto de la significación del trabajo asalariado, ni menos aún en cambios en la división sexual del trabajo en la familia. Todo permanece más o menos inalterado, salvo que ahora las mujeres trabajan por un salario. Ni ellas se desprenden de sus funciones tradicionales ni ellos internalizan que este cambio podría derivar en un nuevo orden representacional o en transformar las prácticas de la vida privada en las relaciones entre los géneros. Las mujeres de la generación mayor, y también de la generación intermedia, trabajan debido a las circunstancias de escasez o precariedad económica, en el entendido de que, terminando tal situación, todo debiera “volver a su lugar”: el hombre como proveedor, la mujer a cargo del mundo familiar y doméstico.

Estos rasgos, tipificados como “complejo tradicional”, incluyen tanto a las mujeres de los grupos mayores como a otras de menor edad, pero sobre todo a los hombres mayores y de los grupos intermedios. A la hora de conocer de dónde emergen estas representaciones tradicionales que muestran

un *no-desanclaje* en el ámbito de la vida privada, en coexistencia con una visión de mundo orientada al futuro en otros aspectos, se encuentra que están más fuertemente asociados a los individuos que residen en la comuna de Sagrada Familia, es decir, aquella con un mayor nivel de ruralidad y en la que los asentamientos de tipo urbano son recientes. Esta mayor ruralidad se asocia además con una menor escolaridad en todos los grupos de edad y en ambos sexos. Sin embargo, lo que también caracteriza el apego a representaciones más tradicionales en Sagrada Familia se diluye una vez que se incluye la categoría género, en la medida en que son más las mujeres de Sagrada Familia las que contribuyen a dotar de características al “complejo tradicional”. El lugar de residencia no aparece como un factor de diferenciación en los hombres mayores e intermedios, ya que en las dos comunas las representaciones masculinas sobre el trabajo de las mujeres tiende a inscribirse en la matriz tradicional y a justificarse sólo por la necesidad.

Lo que se observa respecto de diferencias entre comunas, con un mayor tradicionalismo en la comuna de Sagrada Familia comparado con Santa María, y sobre todo en las mujeres mayores, no se observa en los más jóvenes de ambos sexos. En general, se encuentran frente a los impactos de nuevas formas de vida, a los medios de comunicación masivos, y distanciados de la experiencia y formas de vida campesinas de las generaciones anteriores, a lo que se agrega que han alcanzado mayores niveles de escolaridad que los grupos mayores.

De esta forma, los grados de ruralidad y urbanización parecen estar determinando diferencias entre las mujeres de ambas comunas, y esto se expresa en una mayor movilidad de las representaciones tradicionales respecto del trabajo femenino en Santa María, la comuna más urbanizada y donde el trabajo femenino es de más larga data. Por el contrario, los hombres mayores y los de grupos intermedios de ambas comunas muestran una gran homogeneidad en sus percepciones respecto del trabajo de las mujeres: las representaciones sociales están marcadas por las resistencias a la salida de las mujeres de la casa. Así, entonces, podría plantearse que los hombres tienen mayores dificultades que las mujeres para adecuarse a situaciones cambiantes y que la experiencia laboral femenina y las formas de vida urbanas más asentadas en el tiempo contribuyen al desarrollo de cambios en los niveles representacionales de las mujeres.

Entre los jóvenes, a pesar de que hombres y mujeres han internalizado como “normal” el hecho de que las mujeres trabajen, las mujeres —y muy probablemente porque tienen hijos muy pequeños— tienden a permanecer en la casa al cuidado de los niños. El concebir como normal que las mujeres trabajen y el estar frente a la incorporación de nuevas prácticas y representaciones sociales respecto del trabajo femenino también se da en un contexto donde las mujeres han trabajado antes de la constitución de la pareja. A esto debe agregarse que no sólo ellas, sino también sus pares hombres, tienden a privilegiar la casa como el lugar de ocupación del tiempo libre. Esto establece una distinción entre los jóvenes y los hombres mayores, ya que en éstos suelen estar presentes otros espacios de sociabilidad, sobre todo los que reúnen una sociabilidad masculina. En consecuencia, para los jóvenes de ambos sexos la casa aparece como un espacio relativamente aislado, un lugar en que ambos se quedan: las mujeres al cuidado de los hijos en un contexto de carencia de soporte institucional al cuidado infantil, y los hombres en sus tiempos libres. Más que una vuelta atrás, sobre todo de las mujeres, la edad de los hijos y las precarias condiciones económicas de las parejas pueden explicar este “encierro” en la casa.

No se observan diferencias entre los jóvenes determinadas por el carácter más rural o más urbano de la comuna de residencia. Esto podría explicarse por procesos de homogeneización a los que contribuyen tanto el tipo de relaciones laborales, la educación y las comunicaciones, como la distancia generacional respecto de una matriz cultural tradicional que consignó el afuera para lo masculino y el adentro para lo femenino.

2.2 Lo que cambia y lo que permanece

En términos generales, el análisis del material indica que el trabajo femenino se muestra como un requisito del cambio, pero no por el hecho de que las mujeres trabajen hay una transformación en las prácticas y representaciones sociales, es decir, de lo que hombres y mujeres hacen y en las maneras de pensar lo masculino y femenino. La matriz tradicional permanece, y a ella se agregan nuevos sentidos, y algunas de las prácticas tienen a moverse mientras otras permanecen estáticas. Sexo y edad, a veces residencia, van a ser variables significativas a la hora de cualificar cambios y resistencias al cambio, a lo que se suman distintos niveles de alteraciones según esferas de la vida de los sujetos.

Las esferas más tocadas por estos procesos de transformación sociocultural son las de la autoridad y la sexualidad. La autoridad masculina y los cambios operados en ella aparecen más vinculados al hecho de que las mujeres trabajen. Los hombres en general internalizan los cambios en las mujeres bajo nociones tales como “ellas son más libres” o “ellas son más modernas”, “ahora ellas tienen más poder, se ponen altivas, alegres con el trabajo”, etc. No obstante, como se dijo, existen resistencias al trabajo de las mujeres en los grupos mayores e intermedios de hombres. Es en el argumento de la necesidad económica donde reposa la salida de las mujeres a trabajar: “si yo ganara suficiente, ella no tendría para que trabajar” o “yo trabajo porque con el salario de él no alcanza”. Necesidad y ayuda al hombre de la casa conforman una pareja argumental para justificar la salida de las mujeres de sus casas. Por el contrario, en los grupos intermedios de edad de las mujeres comienzan a agregarse nuevos sentidos al trabajo, y así las nociones de autonomía económica y libertad individual caracterizan las motivaciones para trabajar. Extrañamente, en los grupos de mujeres más jóvenes tienden a reproducirse algunas de las representaciones tradicionales encontradas en las mujeres mayores, ya no desde el lado del argumento de la necesidad económica, sino desde la inclinación a permanecer en la casa, por la presencia de hijos muy pequeños. Sin embargo, a la hora de confrontar las prácticas de las mujeres jóvenes y las argumentaciones de éstas en otras esferas, el salir a trabajar no requiere de justificación, aparece como algo dado: es normal que las mujeres trabajen, lo que pone en evidencia el abandono del argumento de la necesidad.

A través de las generaciones de mujeres se asiste al reemplazo del argumento acerca del dinero en un contexto de gran precariedad económica: “porque él no lo gana” (la necesidad), al argumento “porque yo lo gano” (la individuación, la libertad). Los argumentos son desplazados desde lo que el otro no obtiene a lo que yo obtengo. En las mayores se trata de una falencia masculina, en las menores de una oportunidad de habilitación a partir del trabajo de ellas mismas y las posibilidades que se abren para desarrollar nuevos espacios de sociabilidad, determinar el uso de su dinero, etc.

Por el contrario, los cambios en la sexualidad desde una concepción de cuerpo femenino ausente en el “complejo tradicional”, hasta la apropiación del cuerpo por parte de las mujeres; desde una sexualidad caracterizada por satisfacer al hombre y tener el número de hijos que Dios da, hasta una concepción de búsqueda de placer recíproco y tener menos hijos para educarlos mejor, están probablemente vinculadas a las políticas de población y de los dispositivos de control de la natalidad instalados en el país durante los años sesenta y parte de los setenta. Se trata de la internalización de políticas de regulación del número de hijos y planificación familiar que aunque interrumpidas por un largo período, han otorgado la posibilidad de disociar la reproducción de la sexualidad en la pareja. Pero no son únicamente los dispositivos técnicos e institucionales, la aparición del especialista médico o paramédico, lo que explica esta disociación de la reproducción de la sexualidad, sino además nuevos sentidos dados a la pareja.

Al oponer representaciones y prácticas sociales entre los grupos mayores y los más jóvenes, la pareja centrada en el papel del jefe de hogar hombre va dando paso a la pareja co-construida en que las decisiones, la sexualidad, los proyectos a futuro, son un asunto compartid, y donde aparece la noción de afectividad. Pero, pese a la aparición del ideal democrático de pareja, surge también la idea de que todo tiempo pasado fue mejor, idea que se vincula con la nostalgia en los hombres jóvenes por las mujeres de antes, más abocadas a sus hogares.

Las representaciones sociales acerca del trabajo doméstico también cambian en las generaciones más jóvenes; sin embargo, las prácticas se modifican con gran dificultad: mientras los hombres hacen poco en las casas, las mujeres —sobre todo las mayores— tienen dificultad para desprenderse de las actividades propias de su dominio, característica dada en la sociedad tradicional. De la misma forma que respecto del dinero, la noción de ayuda en las tareas domésticas muestra la persistencia de rigidez en las prácticas respecto de la división sexual del trabajo doméstico. No obstante, se observan cambios en las generaciones más jóvenes, en las que los hombres realizan tareas que los mayores no hacían: planchado, lavado, por ejemplo, lo que muestra una diversificación de las actividades de los hombres en la casa respecto de los mayores, que suelen hacerse cargo de algunas de ellas sólo cuando las mujeres están enfermas o no están.

En cuanto a las representaciones y prácticas vinculadas al espacio extra-doméstico, existe movilidad en las prácticas y representaciones; sin embargo, al igual que respecto del trabajo asalariado, ellas sólo cambian en los grupos jóvenes, y más en hombres que en las mujeres de este grupo (en estas últimas tienden a permanecer las representaciones tradicionales, pero las prácticas muestran un cambio sustantivo respecto de las generaciones mayores). Es de interés haber constatado que aparece, sobre

todo en los hombres jóvenes, la noción de derechos de las mujeres (a salir, a trabajar, a decidir, etc.), pero que ello no tiene su correlato en que en los hombres se vaya configurando un nuevo tipo de masculinidad. Mientras las mujeres tienen un mundo abierto de posibilidades, los hombres se ven constreñidos a las canchas de fútbol.

El trabajo asalariado y los patrones de autoridad masculinos

Mientras las mujeres se incorporan al trabajo asalariado, este hecho adquiere diferentes significaciones, desde estar legitimado socialmente en las generaciones jóvenes, hasta su rechazo por parte de los hombres de los grupos intermedios y mayores.

Las representaciones vinculadas al cambio en las prácticas en esta esfera expresan malestar en los hombres, y aparecen en las mujeres como un elemento que llena la distancia entre lo que los hombres no pueden ganar y la satisfacción de las necesidades que imponen los nuevos tiempos. Un mejor bienestar económico por el hecho de agregar un nuevo salario a la reproducción familiar, aparece paralelamente al malestar cultural, por el hecho de que las mujeres dejen la casa. Este movimiento de la casa hacia los lugares de trabajo no implica sólo dejar un lugar vacío en la casa, sino también estar en otro lugar. Este malestar cultural radica en parte en la organización de la vida cotidiana, en cuanto la ausencia femenina implica no estar servido, que no se le espere con la comida preparada cuando ellos llegan, desorden, y obliga a resituarse ante la ausencia de las mujeres y tareas hechas por ellas que no son realizadas, en tanto se hallan trabajando. Este malestar aparece en los grupos mayores, con la tendencia a extenderse en los grupos intermedios de edad de los hombres. Se tiende a incorporar nuevos sentidos al trabajo de las mujeres una vez que las edades disminuyen y en ambos sexos. La apertura de los más jóvenes a internalizar el trabajo asalariado de las mujeres, a que éste forma parte de nuevos derechos, se acompaña, no obstante, por la conjunción de esta aceptación con la nostalgia por el pasado.

Pero también el malestar cultural se vincula a que las mujeres están en otra parte. Pueblan otros espacios, desarrollan una nueva sociabilidad en los packing de fruta, se vinculan con más mujeres (lo que configura una amenaza) y además con hombres (lo que puede atentar contra el honor masculino). Las nociones que nombran estas amenazas son verdaderamente elocuentes: “se juntan con otras y se ponen sueltas; creen que se mandan solas”; “se ponen desbocadas, como las yeguas”; “los hombres creen que una va a puro lesear a los packing; total, si uno quisiera hacerlo... lo haría en cualquier parte”; “es que las packineras tienen mal nombre”; “una cosa es la libertad, otra el libertinaje”.

La noción de necesidad como argumento para salir a trabajar

La generación de empleos para mujeres ha posibilitado a muchas familias escapar a condiciones de aguda pobreza. El empleo temporal aparece como una de las pocas posibilidades para aumentar los ingresos de los hogares. No obstante, los costos de la asalarización son altos para las mujeres y no sólo desde el punto de vista material y del desgaste físico, sino también porque los hombres se resisten a que dejen la casa y las tareas domésticas, lo que provoca conflictos y tensiones familiares.

El salario de las mujeres, al alterar la composición de los ingresos familiares, resitúa el papel del hombre y de la mujer en la familia e incide en que tienda a conformarse un tipo de familia donde ambos son co-proveedores de los hogares. Hombres y mujeres resuelven el hecho de que estas últimas salgan a trabajar mediante el argumento de la necesidad (económica). Es entonces la necesidad la que orienta el trabajo, y el salario femenino el que posibilita el cambio del rol de proveedor de los hombres.

La noción de necesidad tiene su correlato en la noción de “ayuda” a los hombres en la manutención de los hogares. De esta forma, las representaciones sociales no se mueven, permanecen atadas al rol tradicional masculino de proveedor del hogar, lo que impide otorgar al trabajo de las mujeres un sentido distinto al dado en el “complejo tradicional” a través de categorizaciones binarias tales como mujer/encargada de la casa; hombre/responsable y jefe del hogar; mujer/dentro; hombre/fuera. La mujer gana ahora un salario, pero sin que esas oposiciones binarias se alteren.

La contribución económica de las mujeres permite, de hecho, alivianar la manutención de los hogares. Permite tener acceso a la vivienda o mejorar su calidad, mantener a los hijos por más años en la escuela, procurarse elementos para alivianar las tareas domésticas, vestirse y comer mejor, arrancar en suma de la pobreza.

Algunas argumentaciones ilustran esta afirmación:

Porque yo me encontraba con poca plata tuve que salir a trabajar. Mi marido primero me dijo que no y después yo le dije que si me daba la plata que me daba antes yo no trabajaba. (Aída, 61, Santa María)

Ella empezó a trabajar por la mala situación económica que nosotros pasábamos. La verdad es que mi trabajo no es seguro, es aventurero. De repente puedo tener trabajo y me va bien, pero de repente me va muy mal. (Raúl, 30, Santa María)

Resultado de la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado y al analizar los gastos en que incurren hombres y mujeres, lo que ocurre es que los ingresos masculinos tienden a desvanecerse en el consumo inmediato, en la vida cotidiana, día a día, tal como se desvanece el trabajo doméstico de las mujeres día a día en las casas. Los gastos en que incurren las mujeres, en cambio, tienden a permanecer cristalizados tanto en la educación de los hijos como en la adquisición de muebles, electrodomésticos, televisor, y muchas veces en el ahorro previo requerido para el acceso a la vivienda propia. El dinero provisto por las mujeres tiende a cristalizarse en objetos y en tanto éstos tienen una existencia material, es decodificado por ellas como una "marca" de lo que ellas mismas aportan.

Se abre así la posibilidad para un cierto desbloqueo de las asimetrías entre hombres y mujeres en la vida privada, en la medida en que lo que aportan los hombres se consume cotidianamente (principalmente en la alimentación), mientras lo que aportan las mujeres queda materializado en objetos, lo que ellas hacen notar y notan los otros debido a que estos objetos están expuestos (a los parientes y vecinos). En concreto, este desbloqueo puede ser traducido como la posibilidad para las mujeres de establecer negociaciones en un contexto en que el poder, la toma de decisiones y el papel de garante del hogar radicó en los hombres, mientras las mujeres aparecían como las encargadas de la casa. Con la asalarización femenina, es la misma casa la que se constituye en el lugar de negociaciones, y esto se da en la medida en que las mujeres ganan un salario que otorga la posibilidad de satisfacer no sólo las necesidades alimentarias y de vestuario sino el acceso a otros bienes.

El surgimiento de la noción de libertad

La idea de necesidad va dando paso en las generaciones más jóvenes a las ideas de libertad y autoafirmación. Los argumentos comienzan a cambiar en las mujeres de grupos intermedios de edad y se afirman en las más jóvenes. Este paso está marcado por el surgimiento de otras asociaciones al trabajo: sociabilidad, salir de la rutina doméstica, conocer otras cosas, personas y lugares. El dinero adquiere un significado diferente: otorga autonomía y poder de decisión (Valdés y Rebolledo 1994:292).

De esta forma, la autoridad masculina se atenúa, siguiendo la lógica del grupo intermedio. Mientras en éste el debilitamiento de la noción de autoridad masculina se originaba en el no cumplimiento del rol previsto (proveedores), en las más jóvenes la puesta en cuestión de la autoridad masculina está autojustificada. Está "claro" que no puede darse de la misma manera que "antes". En el campo representacional —lo que no implica ni prácticas modificadas completamente como tampoco la asunción de todas las consecuencias de esta modificación de la representación—, la presencia femenina en el ejercicio de la autoridad, así como los nuevos límites de la autoridad masculina, parecen estar empezando a jugarse de manera prescriptiva —lo que explicaría la naturaleza autojustificada de estas representaciones—. De otro lado, esta atenuación y resignificación de la autoridad masculina en relación con el dinero y su peso para la participación en las decisiones, se vincula con la argumentación "porque yo lo gano", la que contrasta con la del grupo intermedio "porque él no lo gana", presente en el grupo de mujeres mayores.

El ritual del "permiso" o la re-legitimación de la autoridad masculina

Siempre, la iniciativa de trabajar parte de las mujeres. Para hacerlo, las mayores y muchas de los grupos intermedios deben pedir permiso a los hombres. El "permiso" solicitado por las mujeres a los hombres para salir a trabajar, aparece como ritual de mantenimiento y afirmación de la autoridad masculina entre los grupos mayores de edad y los hombres del grupo intermedio, mientras en hombres y mujeres jóvenes este rito ha desaparecido de las interacciones de la vida cotidiana una vez que las mujeres salen a trabajar.

Para las mayores, la experiencia laboral en el packing y las plantaciones comenzó estando casadas o unidas en pareja; para algunas de las mujeres de los grupos intermedios hubo una experiencia laboral

anterior a la formación de la pareja, mientras es generalizada en las mujeres más jóvenes la experiencia laboral anterior a la conformación de la pareja.

A pesar de que los hombres valoren el hecho de que las mujeres salgan a trabajar y expliciten este argumento como *ayuda a ellos* en la manutención de los hogares en situaciones en que el ingreso masculino "no alcanza", las representaciones sobre el trabajo de las mujeres de los hombres mayores y de la mayoría de aquellos del grupo intermedio de edad tienen un sello negativo, y también la connotación de que ellos, en la situación actual, no pueden cumplir con el rol de proveedores de los hogares. Este grupo reitera argumentos dirigidos al ejercicio del control masculino de la vida de las mujeres, y percibe que el hecho de estar las mujeres en otra parte imposibilita a los hombres ejercer ese control; en este sentido, la vida de los packing de fruta es vista como el lugar en que se pone en cuestión el honor masculino.

Mujeres y hombres sostienen argumentos tales como:

...ellos siempre piensan mal, que uno no va a trabajar sino a hacer otra cosa, pero si uno quiere joder al hombre lo puede hacer en cualquier parte. (Eliana, 49, Santa María)

Cuando comencé a trabajar siempre se ponía celoso; pensaba lo peor de una... sacarse la mugre trabajando para llegar a la casa y encontrar un caracho más o menos. No es justo... (Ana María, 31, Santa María)

Los hombres entre ellos se dicen: mira, tu mujer está trabajando en el packing, mira a la hora que sale. ¿Tú sabes con quién llega? (Alicia, 35, Santa María)

Dicen que las mujeres van a puro engañar a los maridos. Los hombres piensan mal, por eso le quitan a la mujer que salga. (Grisela, 24, Sagrada Familia)

Las mujeres de ahora son muy entradoras, hay muy pocas que se están quedando tímidas. Cómo conversan, cómo se mueven. (Juvenal, 36, Santa María)

Como decimos acá en el campo nosotros: cuando las mujeres trabajan se ponen chúcaras, no las para nadie... porque una yegua mansa, qué es lo que pasa: la mansa se pone ligerito chúcaro ¿Por qué? Porque se juntó con la otra. (Miguel, 33, Sagrada Familia)

Frente a la erosión de la base material que constituyó el soporte de los patrones tradicionales de autoridad masculina, este patrón característico de las relaciones entre los géneros debe ser resignificado. La salida de las mujeres a trabajar implica negociaciones con sus parejas y el "permiso" aparece como el dispositivo a través del cual a la vez las mujeres negocian con los hombres la salida y los hombres mantienen la autoridad sobre las mujeres. El permiso aparece como una manera de resolver simbólicamente el mantenimiento de la autoridad masculina en un contexto en que ya los hombres no son los sostenedores exclusivos del hogar. Por otro lado, la experiencia laboral femenina pone en evidencia que el salir de la casa, aunque costoso, abre un mundo de posibilidades a las mujeres.

Las resignificaciones de los patrones de autoridad masculinos en el hogar dadas en los grupos mayores e intermedios de edad muestran como aún si las fronteras de lo privado han borrado las antiguas marcas plasmadas en las oposiciones mujer dentro/hombre fuera, mujer encargada de la casa/hombre responsable del hogar, estas fronteras tradicionales siguen estando presentes en las representaciones acerca de los géneros y los lugares que deben ocupar hombres y mujeres. En este contexto, los hombres aparecen como los guardianes de las fronteras del mundo de ayer, cuando las mujeres no salían a trabajar por un salario o, a lo menos no lo hacían en la forma masiva que hoy lo hacen. En el imaginario de hombres y mujeres, la función de "aduanas" de la figura masculina sigue vigente, aún cuando esas fronteras en términos de las prácticas sociales hayan desaparecido.

En las generaciones menores y en ambos sexos no obstante, la noción de "permiso" ha dejado de figurar dando paso a la aparición de la noción de "derecho" (a salir, a decidir, a trabajar) y esta noción hace referencia a las mujeres, quienes han dejado atrás los constreñimientos a los que estaban sometidas sus congéneres de mayor edad.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Los procesos de modernización parecen avanzar apropiándose de las formas tradicionales de vida. Éstas van reestructurándose, van reorganizando el significado y la función de las prácticas sociales. De esta forma, el proceso histórico llamado modernidad no se manifiesta exclusivamente como una ruptura con lo tradicional, ni como la manifestación de un cierto malestar ante los cambios en las formas de vida, sino como un proceso complejo que agrega a las nuevas prácticas nuevos sentidos, al tiempo que las viejas formas de hacer y pensar son resignificadas. Un proceso de “tradición selectiva”¹¹ comienza a operar una vez que hombres y mujeres se ven compelidos a enfrentar los procesos de modernización, lo que abre la posibilidad de darles nuevos sentidos a las prácticas y representaciones tradicionales. En ciertos ámbitos hay cambios; en otros, resistencias. Esto actuará de manera distinta en hombres y mujeres y a través de las distintas generaciones.

La puesta en cuestión de la tradición genera malestar. Así podría explicarse que se mantenga el “permiso” como un rito para la resignificación de la autoridad masculina en los hombres mayores y la mayoría de aquellos de los grupos intermedios de edad. “El sistema de valores y comportamientos se tornan problemáticos por la entrada de las mujeres en el mundo del trabajo, por su asalarización que introduce entre los sexos una relación de dinero: la mujer, la joven, aportan un salario ganado afuera, mientras que el honor las requiere en el espacio de adentro”. Es esto —sostiene Abrous (1988:49)— lo que genera malestar y, lejos de conducir al abandono del ethos del honor, provoca más bien una crispación sobre los valores que el honor implica y un discurso que intenta evacuar la angustia que provoca su inadecuación al mundo moderno. El material empírico a este respecto muestra que es preciso haber crecido con la instalación del discurso de la modernidad para apropiárselo y encarnarlo en la vida privada. Esta cohabitación de nuevas nociones asociadas a la modernidad con las prácticas y representaciones de las generaciones nacidas en la década de los setenta, muestra que las generaciones mayores están enfrentadas a cambios en las prácticas sociales que no tienen su correlato en el mundo representacional. Ello explica la permanencia del ritual del “permiso” para contrarrestar las tensiones provocadas por un mundo cambiante, plasmadas fundamentalmente en la erosión de los patrones de autoridad masculinos.

Podría destacarse el hecho de que los temporeros de la fruta son permeables a la instalación discursiva de la modernidad en tanto se ha legitimado la idea de éxito a través de la superación individual. Su situación económica precaria logra mejorarse gracias al acceso de las mujeres al empleo temporal en la fruta, una de las pocas posibilidades para lograr un salario en el medio rural y en los lugares semi-urbanizados donde se han instalado las agroindustrias.

En el ámbito representacional, este discurso se instala a través de las nociones de surgimiento y superación, por el no dejarse estar ante las inclemencias presentes, dadas fundamentalmente por la relación laboral flexible y temporal. El salario femenino de hecho mejora las condiciones de vida, posibilitando el acceso al consumo de bienes materiales y culturales distintos que los alimentarios. Con ello se abren las posibilidades de apropiarse de los símbolos de la modernidad: televisor, bicicletas, refrigeradores, lavadoras y casa propia, base material sobre la cual descansa la idea de integración social.

El acceso a la educación y la extensión de los años de escolaridad de los hijos continúa siendo una aspiración generalizada. En la actualidad la escolaridad es mayor que en las décadas del sesenta, setenta y ochenta, pero se trata de mantener por más años a los hijos en la escuela y se aspira a una carrera técnico-profesional, y ello sin marcar una segregación profesional entre hombres y mujeres, como lo se hizo en el pasado o lo hacen las generaciones mayores. No obstante, estas aspiraciones suelen frustrarse por la imposibilidad de solventar los costos educacionales, en gran medida porque ello implica traslados a ciudades, costos de hospedaje y alimentación fuera de la casa, desembolsos de dinero para el pago de la escolaridad.

¹¹ Eleni Varikas sostiene que los valores residuales del pasado constituyen elementos activos del presente y asegura que “en la historia de diversas prácticas hay un proceso de tradición selectiva: aquella que, en el contexto de una cultura dominante, se hace pasar por ‘la tradición’, ‘el pasado importante’. Pero de lo que se trata, es siempre de la selectividad; la manera por la cual, de todo un dominio del pasado, ciertas significaciones, ciertas prácticas son escogidas y acentuadas, mientras otras son omitidas y excluidas. A un nivel más decisivo aún, algunas de esas significaciones y prácticas son reinterpretadas, diluidas o presentadas bajo formas que soportan, o al menos no contradicen, otros elementos vigentes en el seno de la cultura dominante”.

La separación entre la reproducción y la sexualidad aparece como un fenómeno consolidado, pero para que ello ocurriera fue necesaria la existencia —durante un tiempo considerable— de políticas de planificación familiar y regulación de la fecundidad, que han sido internalizadas sólo por las generaciones más jóvenes. Se necesitaron más de tres décadas para desarrollar nuevas prácticas sexuales, en que se ha escindido la noción de reproducción de la de sexualidad.

No obstante estos elementos nuevos y aquellos ya consolidados tras su instalación en los años sesenta y setenta, los costos personales y familiares para hacer posibles estas nuevas aspiraciones son altos y, en general, la apropiación de los símbolos de la modernidad se realiza a través del acceso a los desechos que la misma modernidad produce; por ejemplo, los artículos de segunda mano.

El trabajo asalariado de las mujeres no tiene consecuencias en todas las esferas de la vida. Mientras las prácticas permanecen más o menos rígidas en lo que concierne a la división sexual del trabajo doméstico, las representaciones sociales han cambiado respecto de otras esferas. La autoridad masculina es erosionada por el cambio en la provisión de los hogares, y se encuentran resistencias en los hombres, a excepción de los más jóvenes, a que las mujeres trabajen. La concepción de las relaciones de pareja ha variado. En el nivel representacional se encuentra una demanda afectiva, de compañerismo, de co-construcción de las relaciones de pareja.

En cuanto al uso de los espacios extra-domésticos, las mujeres jóvenes comienzan a ingresar a la vida pública cuestionando los principios de autoridad masculina y la asociación de la mujer a la casa. En los más jóvenes, sin embargo, tal vez por la presencia de hijos pequeños, ambos tienden a permanecer en las casas, a diferencia de las generaciones mayores, donde los hombres sostienen espacios de sociabilidad fuera del trabajo, lo que está ausente en las mujeres.

Finalmente, podría destacarse el hecho de que, confrontados a las consecuencias de la modernización agraria en la vida privada, hombres y mujeres se sitúan de manera diferente, al igual que las distintas generaciones. El lugar que habitan no siempre va a establecer diferenciaciones. Mientras lo más tradicional permanece atado a las generaciones mayores, hombres y mujeres, también la preservación de este orden tradicional se mantiene más en los hombres que en las mujeres, en la medida en que la generación intermedia masculina no presenta grandes diferencias respecto de sus congéneres mayores. En las mujeres, en cambio, para la apertura a los procesos modernizadores parece ser importante el hecho de que el trabajo asalariado sea de más larga data y se inscriba a la vez en un contexto donde los procesos de urbanización son más tempranos, toda vez que los rasgos más atados a lo que se ha denominado "complejo tradicional" están presentes en la comuna que se ha incorporado más tardíamente a la agricultura de exportación.

Pero las argumentaciones con las cuales las generaciones de más de cincuenta años y aquella de entre veinticinco y treinticinco distinguen el rol de hombres y de mujeres, no son válidas para los más jóvenes. Es esta generación la que se muestra más distanciada de las formas de hacer y pensar características de la sociedad tradicional. Lo dado comienza a ser diferente, y así como para los mayores era "natural" que a las mujeres se las asociara a la casa, para los jóvenes de ambos sexos es "natural" que las mujeres trabajen e incursionen en los espacios públicos. Es posible, sin embargo, establecer un puente entre los mayores y los más jóvenes, el cual puede encontrarse en mujeres de la generación intermedia que, mediante las incursiones fuera de la casa, van construyendo nuevas formas de pensarse y de relacionarse con sus congéneres hombres.

En los hombres, en cambio, aparecen mayores resistencias. Lo "natural" del presente no ha variado respecto de lo "natural" del pasado. Aun así, el carácter "natural" de la permanencia de la mujer en la casa convive contradictoriamente con su salida, y sobre todo con los imperativos de los nuevos tiempos, de agregar otros y más ingresos que los masculinos a la familia, para lograr que ésta escape a la marginalidad, la pobreza, el atraso respecto de las imágenes de la modernidad presentes en la vida contemporánea. Entre los hombres jóvenes que están abiertos a los cambios, sin embargo, el malestar de los mayores es reemplazado por la nostalgia de la figura de la mujer en la casa. Y para esta generación y ambos sexos, y también en ambas comunas —la más urbana y la más rural—, la casa se torna en un refugio. Las diferencias de lugar tampoco son determinantes para los hombres de mayor edad, que ven las consecuencias de la modernización como un elemento negativo en la vida privada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abrous, D. 1988. "L'honneur et l'argent des femmes en Algérie". En: *Les femmes et la modernité. Revue trimestrielle Peuples méditerranéens* (Paris) 44–45 (juillet-décembre), pp. 49–86.
- Aranda, X. 1982. *Participación de la mujer en la agricultura y la sociedad rural en áreas de pequeña propiedad* (Contribuciones Nº 9). Santiago: Flacso.
- Arendt, H. 1993. *La condición humana*. Madrid: Paidós.
- Bonté, P. y M. Izard. 1996. *Diccionario Akal Etnología y Antropología*. Madrid: Akal Ediciones.
- Castel, R. 1996. *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*. Paris: Editions Fayard.
- Diario *El Mercurio*. Conferencia Mundial de la Mujer. Igualdad, Desarrollo y Paz, Proyecto de Acuerdo. 331ª Legislatura, Sesión 25ª, 9 de agosto de 1995.
- Díaz, A. 1991. "Nuevas tendencias en la estructura social chilena. Asalarización informal y pobreza en los ochenta". *Revista Proposiciones* 20. Santiago: Ediciones SUR, pp. 88–119.
- Duby, G. 1992. Prefacio a *Historia de la vida privada*, de Philippe Ariés y Georges Duby. Tomo I. España: Taurus.
- García Canclini, N. 1989. *Las culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Editorial Grijalbo.
- Grau, O; R. Delsing, E. Brito, A. Farías. 1997. *Discurso, género y poder*. Santiago: La Morada, Arcis, LOM Ediciones.
- Giddens, A. 1994. *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gómez, S y J Echeñique. 1988. *La agricultura chilena: las dos caras de la modernización*. Santiago: Flacso/Agraria.
- Habermas, J. 1989. *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus Humanidades, Alfaguara.
- Larraín, J. 1966. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Medel, J., V. Riquelme y S. Olivós. 1989. *Las temporeras y su visión del trabajo*. Santiago: Ediciones CEM.
- Medel, J. y V. Riquelme. 1994. *La salud ignorada: Temporeras de la fruticultura*. Santiago: Ediciones CEM.
- Moore, H. 1991. *Antropología y feminismo*. Madrid: Ediciones Cátedra, Universitat de Valencia, Instituto de la Mujer.
- Moore, H. 1994. *A passion for difference*. Chicago, IL: Chicago University Press.
- Morandé, P. 1996. "La familia como fundamento del orden institucional". *Revista Proposiciones* 26. Santiago: Ediciones SUR.
- Ortega, F. 1994. *El mito de la modernización. Las paradojas del cambio social*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Perrot, M. 1988a. "Historia de lo privado". En: *Le genre dans l'Histoire, Le Cahiers du Grif* (Paris) 37/38.
- Perrot, M. 1998b. *Mujeres en la ciudad*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Rodríguez, D. y S. Venegas. 1989. *De praderas a parronales. Un estudio sobre estructura agraria y mercado laboral en el Valle de Aconcagua*. Santiago: GEA / Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Rodríguez, D. y S. Venegas. 1991. *Los trabajadores de la fruta en cifras*. Santiago: GEA / Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Subercaseaux, B. 1966. *Chile ¿Un país moderno?* Santiago: Ediciones Grupo Zeta.
- Thompson, E. P. 1984. "Tiempo, disciplina y capitalismo". En: *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Editorial Crítica.

- Tiróni, E. 1990. *Autoritarismo, modernización y marginalidad. El caso de Chile 1973–1989*. Santiago: Ediciones SUR.
- Touraine, A. 1994. *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Valdés, X. 1988. “La feminización del mercado de trabajo agrícola de Chile Central”. En: *Mundo de Mujer. Continuidad y cambio*. Santiago: Ediciones CEM.
- Valdés, X. 1992. *Mujer, trabajo y medio ambiente. Los nudos de la modernización agraria*. Santiago: Ediciones Cedom.
- Valdés, X.; T. Valdés y J. Bengoa. 1997. “Chile. Crecimiento económico y pobreza”. *Revista Control Ciudadano* 1. Montevideo: Instituto del Tercer Mundo.
- Valdés, X. y L. Rebolledo. 1994. “Mujeres del campo: entre el brasero y la televisión”. *Revista Propositiones 24: Problemas históricos de la modernidad en Chile contemporáneo*. Santiago: Ediciones SUR, pp. 287–294.
- Varikas, E. 1988. “Trop archaïques ou trop modernes? Les citadines grecques face à l'occidentalisation”. En: *Les femmes et la modernité. Revue trimestrielle Peuples Méditerranéens* (Paris) 44-45 (juillet-décembre), pp. 269–292.
- Venegas, S. 1995. “Las temporeras de la fruta en Chile”. En: X. Valdés, C. Arteaga y A. M. Arteaga, eds. *Mujeres y relaciones de género en la agricultura* (pp. 119–155). Santiago: Ediciones Cedom.
- Wagner, P. A. 1994. *Sociology of Modernity. Liberty and Discipline*. London: Routledge.